

Gregorio Marañón, cúmulo de dones*

Cuando falleció Gregorio Marañón (27 de marzo de 1960), los directores de algunos diarios de Madrid y de varias revistas médicas y no médicas me solicitaron comentarios y artículos de índole necrológica sobre el gran maestro de la medicina y del saber hispanos. Intenté redactarlos, pero no pude; me atenazaba una verdadera sensación de incapacidad o impotencia. No sabía qué decir ni cómo. Había llegado a sentir tal admiración por su persona, que cuantas veces me sentaba —entonces y algún tiempo después— a escribir sobre ella, tenía que abandonar el intento y romper las cuartillas, pues o me quedaba corto en la descripción o me deslizaba por el camino del elogio hasta extremos que aparentaban gloria vana.

Ha pasado ya el tiempo y aunque mis circunstancias con respecto al recuerdo no han variado, he logrado forzar mi voluntad para escribir unas conferencias, cuyo texto hoy ofrezco al lector, pues no quisiera morir sin haber dejado constancia de mi opinión sobre aquel hombre que tan fuerte huella dejó en mí y pedí a la Sociedad de Escritores Médicos me autorizara a exponer en una de sus sesiones lo que yo pensaba en torno a «mi» Marañón. Sólo comprometiéndome anticipadamente a una cosa así podría sentarme a transcribir mi memoria y a emitir mi juicio. La utilización de ese pronombre posesivo, *mí*, tiene su razón de ser en la apropiación de su magisterio total. Este escrito representa, pues, el modo mío y personal de entender a Marañón. Por ello no me detengo en datos de tipo cronobiográfico que el lector puede consultar en las varias y excelentes biografías que del maestro se han hecho, muy especialmente en las de Laín Entralgo, Gómez Santos, Castillo de Lucas y otros.

Empecé a trabajar con Marañón ya de adulto, es decir, cuando han dejado de influir sobre uno los factores educativos o formativos que se enmarcan en los contactos juveniles. En mi caso, procedente de otras escuelas de España y del extranjero, cuando me encontraba a la deriva, desengañado de otras influencias, cuando mi personalidad intelectual y afectiva, por modesta que fuera, ya estaba constituida.

En los años cuarenta de nuestro siglo y en la treintena de los míos estaban todavía muy recientes las vivencias de una terrible guerra civil y yo metido de lleno en las dolorosas consecuencias de ella. En esas circunstancias, el espíritu crítico suele aguzarse y deformarse lo suficiente para ver en los demás y en las circunstancias defectos que sin tales precedentes no habría visto, y para que el balance de los sucesos, apasionadamente sentidos, aparezca matizado por el rencor, más o menos inconsciente. En esa situa-

(*) Capítulo IX del libro *Amistades, magisterios, devociones*, en prensa.

Refundición del texto de dos conferencias pronunciadas en Madrid, en diciembre de 1980 y marzo de 1981.

ción es muy difícil sentirse subyugado por las personas o las cosas, salvo que éstas sean excepcionales. No puedo ocultar que yo también fui víctima de esos sentimientos, que me hicieron sentirme incompatible con mis anteriores hogares médicos. Pero ocurrió algo que, visto a la distancia de los años y con un panorama menos angustiante, explica lo sucedido. El maestro que me acogía con socrática sencillez era, precisamente, un ser excepcional. Y dentro del entonces seco desierto de mi vida, resultó ser un oasis de serenidad y de belleza. El ambiente que lo rodeaba, salvo alguna excepción que el maestro me habituó a sobrellevar, era sano, honesto y tan a su estilo, que pronto me encontré como pez en aguas claras.

A lo largo del texto que acabo de prologar podrá apreciarse cuáles fueron y siguen siendo las cualidades que, a mi modo de ver, más destacaban en Gregorio Marañón. Este fue, como Laín Entralgo ahora, un español de insuperables calidades y cantidades, que en mi vida resultó un hallazgo feliz, pues llegó a modelarla en plena adultez. Su recuerdo, no obstante, me entristece porque al no haberlo podido seguir en todo —tan inalcanzable era— encuentro mi vejez muy incompleta.

Cómo conocí a Gregorio Marañón

Cuando yo empecé a estudiar la carrera (1923-1924) ya Marañón era la figura que más sonaba en la medicina clínica española, aunque, desde el punto de vista estrictamente científico fuera don Santiago Ramón y Cajal el máximo abanderado. A los treinta y tantos años, y sin pertenecer al claustro de la Facultad de Medicina, tenía más trabajos publicados, más conferencias pronunciadas y, por ello, más prestigio nacional e internacional que todos los profesores de Patología Médica de la Universidad de Madrid juntos. En el curso 1926-1927 y siendo yo alumno de fisiología, oí a don Juan Negrín hacer comentarios sobre un concepto en el que Marañón insistía: el origen hormonal de la emoción. Por el tono en que lo dijo, aquello me impresionó, y un sábado me escapé, pirándome las clases, para conocer las sesiones clínicas de Marañón. Me produjo tal sensación la sencillez con que se presentaban las comunicaciones, la calidad de éstas, la seria camaradería con que se discutían y la rectitud con que Marañón las culminaba que, probablemente, tal reunión constituyó uno de los impactos que más contribuyeron a ratificar mi vocación de hacerme médico. Pero la Facultad, entre las lecciones teóricas y las prácticas absorbía todo mi tiempo matutino y sólo podía asistir esporádicamente.

Tuvieron lugar, por entonces, unas oposiciones a la cátedra de Patología Médica de Barcelona, cuyo final fue escandaloso. El mundo médico se revolucionó y el nombre de Marañón, que no pertenecía al escalafón universitario, salió a la palestra de la prensa con inusitada valentía atacando al tribunal y en defensa del opositor bellacamente eliminado; éste era el joven prometedor don Carlos Jiménez Díaz. Tan deshonestamente replicó a Marañón un catedrático de Zaragoza perteneciente al tribunal, que las cosas estuvieron a punto de terminar en un duelo. Desde aquellas fechas Marañón empezó a ser, para mí, el más ejemplar alentador de la juventud, y un casi quijotesco defensor de una universidad a la que no pertenecía, pero que desde fuera soñaba con hacer mejor. Entre 1927 y 1929, no puedo recordar la fecha concreta, se celebraron nuevas oposiciones, en esta ocasión a la cátedra de Madrid, y en ellas Jiménez Díaz venció —en

las oposiciones solamente puede decirse quiénes son los vencedores y quiénes los perdedores—... Yo, que no me perdí un solo ejercicio, vi una vez a Marañón sentado en el banco de piedra del anfiteatro grande durante los ejercicios clínicos y salir después cogido del brazo de Hernando y de Negrín, comentando el extraordinario ejercicio que había oído a Jiménez Díaz.

En 1928 me correspondió estudiar Patología Médica I con el nuevo catedrático de Madrid, y éste me deslumbró hasta el extremo de hacerme discípulo permanente y casi acólito. Jiménez Díaz había organizado sesiones científicas también los sábados; sin embargo, esto no impidió que, varias veces, me fugara a las sesiones de Marañón. En una de ellas presentaron un caso de «cardíaco negro» en el que la digital no resultaba beneficiante y yo me atreví a intervenir... Al salir de la sesión y pasar ante don Gregorio, éste me dijo unas simpáticas palabras de felicitación que yo le agradecí. Aquellas sesiones de Marañón eran reproducidas en *La Medicina Ibera*, revista que mi profesor leía, y un sábado por la mañana me dijo: «He leído que usted ha intervenido en una sesión de Marañón. No puedo ni debo impedirle que vaya, pero no olvide que usted es solamente un estudiante y los temas de patología médica que se presentan en nuestros sábados son más instructivos y le interesan a usted mucho más, pues en ellos se basará su formación». En vista de esto dejé de ir a las sesiones del Hospital General mientras las hubiera en el departamento donde yo estudiaba; solamente cuando el curso oficial había terminado iba al servicio de Marañón.

Vinieron nuestra guerra militar con todas sus calamidades y nuestra posguerra incivil, con todas las consecuencias de la primera, y por las razones que fueran —que en otra publicación he de exponer con detalle— me separé apenadamente de mi anterior maestro y me propuse emigrar sin lograrlo. Empecé a acudir semanalmente a las sesiones de Marañón. Cuando llegó a España la penicilina, fue distribuida por una comisión que presidía Jiménez Díaz, que la entregaba solamente para aquellos casos cuya historia clínica era presentada y valorada por la comisión. Yo tenía entonces tres casos privados de endocarditis lenta en tratamiento y pedí penicilina para usarla en dosis más altas que las que la comisión concedía. Me fue negada y como yo no estaba conforme decidí que los pacientes la trajeran de Inglaterra y la usé como a mí me pareció pertinente. Los tres casos se curaron en pocos días y después los presenté en una convención médica de Sevilla, en la que fueron secamente comentados por Jiménez Díaz, y en la Academia Médico Quirúrgica. Un día, al salir de una sesión sabatina del Instituto de Marañón, le referí lo sucedido y, en el acto, me pidió que pronunciara una conferencia sobre el tema en el aula de su Instituto del Hospital General. Lo hice el 20 de diciembre de 1945; quedé contento de cómo me había salido y Marañón me facilitó efusivamente. Pero mi sorpresa fue que al día siguiente, por la tarde, llegaba a mi casa la carta siguiente:

Doctor Vega.— Mi querido amigo: Al reiterarle las gracias por su conferencia de ayer, me complace en transmitirle la impresión entusiástica de cuantos la oyeron. No sin razón, pues fue perfecta, de información, de crítica, de contribución personal importante, y de exposición. Hay que hacer lo posible y lo imposible, porque tenga usted un sitio donde trabajar. Aun cuando muchas de las cosas importantes de la medicina se han hecho con los enfermos privados, que tienen sus ventajas, en algunos casos insustituibles, debe usted tener a su disposición el material hospitalario que corresponde a su competencia y entusiasmo. Que no sea la última la de ayer, le ruega su buen amigo, G. Marañón.